

LA CONTRIBUCIÓN DE LOS CRISTIANOS A LA PAZ

JESÚS MARÍA ALEMANY BRIZ

Presidente de la Fundación Seminario de Investigación para la Paz de Zaragoza

1. EL VATICANO II, LA PAZ Y LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS ACTUALES

- *Vaticano II*: seguimos en su estela de apertura y diálogo con el mundo. ¿Qué mundo?
- Crece la *conciencia de la familia humana* (DDHH, comunicación, mundialización/globalización).
- Pero en un escenario de recrudescimiento de la violencia, ha crecido exponencialmente la *violencia con rostro religioso*. Hay una nueva apelación a Dios de los actores de la guerra y del terrorismo.

El 18 de mayo de 2004 el presidente nigeriano Olusegun Obasanjo impuso el estado de emergencia en el Estado central de Plateau, donde murieron más de 600 personas en enfrentamientos entre cristianos y musulmanes, para evitar un "genocidio mutuo". Los cerca de 130 millones de nigerianos están divididos casi por igual entre musulmanes y cristianos. La introducción en 1999 de la *sharia* (ley islámica) en el norte de Nigeria, donde los musulmanes son mayoría, marcó el inicio de enfrentamientos entre éstos y los cristianos, que han causado la muerte de más de 10.000 personas (*El País* 7, 14 y 19 mayo 2004). Poco antes en Uganda un grupo de guerrilleros del Ejército de Liberación del Señor (una brutal secta cristiana que combate al Gobierno de Museveni desde hace 18 años, con bases secretas en el sur del Sudán y cobertura política de otros grupos cristianos y animistas) asaltó el campo de desplazados de Barlonya asesinando y quemando unas 200 personas (*El País* 23 de febrero 2004). La relación sería interminable.

Más conocido es que tras los actos terroristas del 11-S, el presidente George W. Bush al anunciar las órdenes al ejército de Estados Unidos para atacar los campos de entrenamiento de Al Qaeda e instalaciones militares del régimen talibán en Afganistán, terminó su mensaje: "Que Dios quiera seguir bendiciendo a América" (*El País*, 8 octubre 2001). Apelación al Dios cristiano que ha acompañado todas sus decisiones bélicas. Poco después, en un mensaje previamente grabado emitido por la cadena Al Yazira, Osama Bin Laden se mostraba arrogante, porque: "A Dios gracias, aquel a quien Dios guía, nunca perderá ... Aquí está América totalmente atemorizada de norte a sur, este y oeste, gracias a Dios" (*Heraldo de Aragón*, 9 noviembre 2001).

Desde entonces han abundado comentarios negativos a la creciente apelación a Dios de los actores del terrorismo o de la guerra. Recordemos algunos. José Saramago, en un impresionante artículo titulado *El 'Factor Dios'* apostillaba: "Una de las maneras de morir, la más criminal, la más absurda, la que más ofende a la simple razón, es aquella que, desde el principio de los tiempos y de las civilizaciones manda matar en nombre de Dios" (*El País*, 18.9.2001). Antonio Muñoz Molina insistía: "El mazo, el hacha, la hoguera, la espada de filo herrumbroso, el fusil automático, la lluvia de azufre o de radioactividad, no han dejado de flagelar a los seres humanos en el nombre de Dios desde hace milenios" (*EPS* 21.10.2001). Otros escritores titulaban sus artículos: "De qué parte está Dios" (José Álvarez Junco, *El País* 12.10.2001), "En el nombre de Dios" (Rafael Argullol, *El País* 11.10.2001), "Odios teológicos" (Editorial, *El País*, 20.10.2001), "Ya está bien de dioses" (Eduardo Haro Tecglen, *El País*, 30.10.2001). Con mismo título "En el nombre de Dios", Luis Rojas Marcos escribía: "Lo espeluznante de esta divinización de la violencia moderna es que quienes enarbolan el nombre de Dios para exterminar a sus rivales 'infieltes', tienen menos reparos a la hora de matar sin piedad y al por mayor" (*El País*, 25.4.2002). Josep Ramoneda concluía "En nombre de Dios, suma y sigue": "Dios se ha convertido en estos tiempos en la gran coartada del terror, tanto de la guerra como del terrorismo" (*El País*, 6.4.2003).

- Las *otras religiones* ya no son ya algo lejano, sino muy cercano. Los medios las acercan en tiempo real y personas de diferentes tradiciones se aproximan en movilizaciones migratorias sin precedentes.
- Con tal escenario, en los años del pontificado de Juan Pablo II *confluyeron dos corrientes* que discurrían paralelas: el empeño en la *construcción de la paz* y los primeros tanteos hacia el *diálogo interreligioso*. Hito simbólico fue Asís en octubre de 1986:

"El hecho de que hayamos venido hasta Asís desde tan diversas regiones del mundo es en si mismo un signo de este camino común que la humanidad está llamada a recorrer. O aprendemos a caminar juntos en

paz y armonía, o iremos a la deriva destruyéndonos a nosotros mismos y a los demás. Esperamos que esta peregrinación a Asís nos haya enseñado nuevamente a ser conscientes del origen común y del común destino de la humanidad. Podemos ver en ello una prefiguración de lo que Dios quiere que sea el camino de la historia de la humanidad: una ruta fraterna a través de la cual marchamos acompañándonos los unos a los otros hacia la meta trascendente que Él nos ha señalado”.

2. EVOLUCIÓN DE LA PREOCUPACIÓN ÉTICA CRISTIANA POR LA PAZ Y LA GUERRA

Al reelaborar la tradición cristiana sobre la paz sería necesario hacer memoria del espíritu fundante de Jesús de Nazaret (no violento que considera felices a los que construyen la paz porque son los hijos de Dios), así como también aproximarse a la vida de la Iglesia, afectada en el tiempo por su historicidad y por tanto necesitada ella misma de perdón y reconciliación. Los episodios más lamentables de violencia en el pasado cristiano no pueden atribuirse a la Buena Nueva de Jesús sino a su “vaciado” socioeclesial en sucesivos moldes históricos político-culturales.

Sin entrar en todo el proceso original y temporal por falta de tiempo ¿cómo se sistematizan doctrinalmente las preocupaciones cristianas sobre la guerra y la paz en el entorno anterior y posterior a la constitución “*Gaudium et Spes*” del Vaticano II? Los centros de interés constituyen a mi juicio **cuatro etapas**:

- **La doctrina clásica de la “guerra justa”.** Hunde sus raíces en el pensamiento de S. Agustín (s.IV), es sistematizada por Sto.Tomás (s.XIII), y aplicada en la Edad Moderna a la situación de los nuevos estados soberanos y guerras de colonización por las Escuelas de Salamanca (Francisco de Vitoria) y de la Compañía de Jesús (Francisco Suárez y Molina). Llega casi sin modificación hasta Pío XII. Pretende limitar la guerra, estableciendo condiciones estrictas para que pueda considerarse legítimo un conflicto armado. Hay varios criterios que determinan el *ius ad bellum* (derecho a declarar una guerra): autoridad legítima, causa justa, último recurso, medios adecuados y proporcionados, recta intención y probabilidad de éxito. Dos criterios muy importantes condicionan el *ius in bello* (su desarrollo y los medios a utilizar): el criterio de *proporcionalidad* entre sus efectos negativos y bien que se pretende obtener, y el criterio de *discriminación* entre combatientes y no combatientes. Hoy existen posturas que creen que esta doctrina ha contribuido a limitar la violencia, pero hay otras que piensan que ha funcionado como legitimadora de conflictos armados por su carácter formal y por laxitud de las mismas Iglesias. En todo caso los nuevos *rasgos de la guerra contemporánea* –armas de destrucción masiva y paso de la guerra limitada a la guerra total- con la experiencia de la II Guerra Mundial y los sucesos de Hiroshima/Nagasaki hacen esta doctrina inaplicable e inoperante en nuestro tiempo.

- **Una mentalidad nueva sobre la guerra tras el impacto de la II Guerra Mundial.** Pío XII dejó de hablar de “guerra justa” y prefirió emplear el término “defensa justa”. Juan XXIII fue más enérgico en su encíclica *Pacem in Terris* (1963): “Por eso, en nuestra época que se jacta de poseer la energía atómica, resulta absurdo sostener que la guerra es un medio apto para resarcir el derecho violado”(127). Además censuró la carrera armamentística y sus consecuencias para el desarrollo de los pueblos, proponiendo en un mundo más interdependiente la necesidad de una autoridad mundial con especial referencia a Naciones Unidas.

La constitución *Gaudium et Spes* del Vaticano II (1965), examinada la naturaleza de la paz, titula la 1ª sección, c. 5º de la 2ª parte: “Evitar la guerra”. La exposición se estructura en cuatro pasos: 1) Frenar la crueldad de la guerra; 2) Eliminar la *guerra total*. No utiliza el término “guerra justa” en las nuevas circunstancias: “*Todo esto nos obliga a examinar la guerra con mentalidad totalmente nueva*”. Única condena de todo el Concilio: “Toda acción bélica que tiende indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de extensas regiones junto con sus habitantes, es un crimen contra Dios y la humanidad que hay que condenar con firmeza y sin vacilaciones”(80);

3) Rechazar la carrera de armamentos como camino (disuasorio) hacia la paz: “La carrera de armamentos es la plaga más grave de la humanidad y perjudica a los pobres de manera intolerable” (81); 4) Preparar la prohibición absoluta de la guerra, creando una verdadera comunidad internacional: “La paz ha de nacer de la mutua confianza de los pueblos y no debe ser impuesta a las naciones por el terror de las armas” (82). La Sección Segunda de este capítulo insiste en la necesidad de edificar la comunidad internacional (= y por tanto de una cultura internacional de los cristianos).

En conexión con esta “mentalidad nueva” en la doctrina moral sobre la guerra aparece en el *mundo jurídico* la necesidad renovada del recurso y respeto al **Derecho internacional** y el papel de la Organización de las Naciones Unidas tal como quedó reflejado en su Carta.

- **La “cruz” de la disuasión nuclear.** Rechazada la guerra como absurda, con el agravamiento de la Guerra Fría a finales de los 70 y primera parte de los 80 la ética cristiana encuentra una verdadera cruz en la evaluación de la estrategia de “disuasión nuclear”: la *amenaza* con una “mutua destrucción asegurada” (MAD) según sus promotores sería eficaz para salvaguardar la paz, y en una segunda fase la llamada “respuesta flexible” nuclear. **Juan Pablo II** en su mensaje de 1982 en la Segunda Sesión Especial sobre Desarme de Naciones Unidas pronuncia unas palabras medidas que muchos intentan interpretar: “En las condiciones actuales, una disuasión basada en el *equilibrio* –ciertamente no como fin en si misma, sino como *un paso en el camino* hacia un *desarme progresivo*- todavía puede ser juzgada como moralmente aceptable. Sin embargo con el fin de asegurar la paz, es indispensable no estar satisfecho con este mínimo, que está sujeto a una real explosión”. El año 1983 resulta de una intensidad llamativa: 12 Episcopados del mundo publican importantes documentos centrados en este tema, siendo los más significativas los de Estados Unidos y Alemania. Otros episcopados se irán pronunciando después, siendo el español con la declaración “Constructores de la paz” uno de los últimos en hacerlo en 1986.
- Casi al final de esta etapa dramática de tensiones y aceleración en la carrera de nuevos armamentos y estrategias nucleares, el Papa convocó a numerosos dirigentes religiosos a **Asís** el 27 de octubre de 1986 para una Jornada de oración por la paz. Fue un hito nuevo y espectacular en que confluyeron dos líneas: construcción de la paz y encuentro interreligioso. Juan Pablo II dijo en la apertura:

“El hecho de que tantos líderes religiosos estén aquí juntos con el fin de orar es ya en si una invitación al mundo para que tome conciencia de que existe otra dimensión de la paz y otro camino para promoverla, que no es el resultado de las negociaciones, compromisos político o acuerdos económicos, sino resultado de la oración que, en la diversidad de las religiones, expresa una relación con el poder supremo que está por encima de nuestras posibilidades humanas.

“Venimos desde lejos, y no sólo debido a las distancias geográficas, sino sobre todo en razón de nuestros respectivos orígenes históricos y espirituales.

“El hecho de que hayamos venido aquí no implica intención alguna de buscar en nosotros un consenso religioso o de entablar una negociación sobre nuestras convicciones de fe. Tampoco significa que las religiones puedan reconciliarse a nivel de un compromiso unitario en el marco de un proyecto terreno que las superaría a todas. Ni es tampoco una concesión al relativismo en las creencias religiosas, ya que cada ser humano ha de seguir con sinceridad su recta conciencia con la intención de buscar y obedecer a la verdad.

“Nuestro encuentro testimonia solamente que en la gran batalla a favor de la paz, la humanidad, con su gran diversidad, debe sacar su motivación de las fuentes más profundas y vivificantes en las que se plasma su conciencia y sobre las que se funda la acción moral de toda persona.

“Veo el encuentro de hoy como un signo elocuente del compromiso de todos ustedes a favor de la paz. Este compromiso nos ha traído hasta Asís. El hecho de que nosotros profesemos diferentes credos no resta significado a esta jornada; por el contrario, las Iglesias, las Comunidades eclesiales y las Religiones del mundo muestran que ansían el bien de la humanidad”.

Al espíritu de Asís se referirá Juan Pablo II con frecuencia después. La herencia de este encuentro fue recogida por la Comunidad de San Egidio en Roma, que seguirá convocando en todo el mundo nuevos encuentros interreligiosos de oración y diálogo por la paz bajo el lema “Hombres y Religiones”.

- **El “rostro religioso” de los nuevos conflictos armados identitarios y del terrorismo.** El fin de la confrontación de bloques en 1989 da comienzo a una nueva etapa y deja en la penumbra algunas de las anteriores preocupaciones. Junto a la atención a las *amenazas no militares a la seguridad*, que aconsejan integrar justicia social, derechos humanos y medio ambiente en el concepto de paz, y el grave problema de la *industria y comercio de armas*, que parecen necesitar nuevos enemigos y guerras para su rentabilidad, emerge en los años 90 un fenómeno sorprendente que apunta y afecta directamente al corazón de Iglesias y Religiones: *la proliferación de nuevos conflictos identitarios de extraordinaria virulencia que apelan a la religión; e incluso, un poco más tarde, de un nuevo terrorismo de rostro religioso*. Es el escenario en que se encuentran los creyentes que quieren hoy contribuir a la paz y a él nos hemos referido al comienzo al situarnos en nuestro tiempo.

Es comprensible que la alarma sea extrema y constituya una verdadera obsesión en todos los discursos e iniciativas de Juan Pablo II como vigía de la Iglesia católica:

- La jornada que tuvo lugar en **Roma en 1996 a los 10 años del encuentro de Asís** bajo el lema “La paz es el nombre de Dios”, decía en un dramático mensaje final:

“Han transcurrido diez años desde la histórica jornada de Asís, en octubre de 1986, cuando Juan Pablo II invitó a los líderes de las Iglesias cristianas y de las grandes religiones mundiales a rezar por la paz en el mundo. Demos gracias a Dios por el camino recorrido en estos años los unos al lado de los otros y no los unos contra los otros. Frente a las guerras que en este período han atormentado al mundo, hemos puesto nuestra primera confianza en la oración. Dios escucha las invocaciones, pliega el corazón de los violentos, da la sabiduría y la justicia y conforta a los que buscan la paz.

*Hemos hecho memoria de las víctimas de los conflictos y de las heridas todavía abiertas. Solemnemente repetimos la invitación a la paz. **Las religiones no alientan al odio y a la guerra, no justifican el derramamiento de la sangre inocente. ¡Las religiones no quieren la guerra, sino la paz! ¡No hay santidad en la guerra! ¡Sólo la paz es santa!***

En estos años -según la invitación de Juan Pablo II lanzada desde Asís y ampliamente compartida por nosotros- se han desarrollado entre los creyentes nuevas energías de paz y nuevos sentimientos de comprensión, como un torrente que crece. Queremos que este río de paz bañe las tierras de la guerra, apague los odios, alimente las esperanzas de un mundo justo y sin conflictos. Nosotros nos comprometemos a hacer crecer el amor para que exista la paz entre nuestros correligionarios.

Convencidos de que las religiones tienen gran responsabilidad en la predicación del perdón, nos dirigimos a todos los que matan o hacen la guerra en nombre de Dios. Les recordamos que la paz es un nombre de Dios. Hablar de guerra de religiones es un absurdo. Ningún odio, ningún conflicto encuentra en la religión un incentivo.

Nos dirigimos a cuantos usan las armas para afirmar sus intereses: los invitamos a meditar sobre sus responsabilidades, porque la guerra es siempre una aventura sin retorno con un legado triste de inútiles estragos.

No tenemos poder, sino la fuerza débil de la fe: en nombre de esta fe invitamos a cada uno a deshacerse de todo sentimiento violento, a desarmar las manos dispuestas a golpear, a reconsiderar el uso de la violencia. La benignidad, la comprensión, el uso del diálogo para la solución de los conflictos, la búsqueda de la justicia, y sobre todo el amor, nos salvan de la desventura de la guerra. esta es nuestra invocación y, nos parece, la de millones de creyentes, de hombres y mujeres de este nuestro mundo.”(Ecclesia, 2 noviembre 1996, p.1636)

- A finales de **1999** se reunió de nuevo en **Roma** una asamblea en el espíritu de Asís. Juan Pablo II afirmaba captando con lucidez la situación:

“No falta quien afirme que la religión forma parte del problema, pues cierra el camino de la Humanidad hacia la verdadera paz y prosperidad. A fuer de hombres de fe, es nuestro deber mostrar que esto no es así, pues cualquier utilización de la religión para apoyar la violencia constituye un uso abusivo de ella. *La religión no es y no debe convertirse en pretexto de conflicto, especialmente cuando las identidades religiosa, cultural y étnica coinciden. La religión y la paz caminan juntas; emprender la guerra en nombre de la religión constituye una contradicción evidente. Los líderes religiosos han de mostrar con claridad que se*

comprometen a fomentar la paz precisamente en virtud de su fe.”(Ecclesia, n.2.971, 13 noviembre 1999, pp.1728-1729).

- El pensamiento de Juan Pablo II cobró una especial densidad con ocasión de su **visita del año 2000 a Tierra Santa**, cuna de las tres grandes religiones monoteístas y escenario de inaudita violencia (antes todavía de la segunda intifada). Esta preocupación se hizo temática en el **encuentro interreligioso** del 23 de marzo con representantes judíos, cristianos y musulmanes en el Instituto *Notre Dame* de Jerusalén:

“Gracias por el apoyo que vuestra presencia aquí esta tarde brinda a la esperanza y convicción de tantas personas: la de estar entrando en una nueva era del diálogo interreligioso. Somos conscientes de que unos vínculos más estrechos entre todos los creyentes constituyen una condición tan precisa como urgente para asegurar un mundo más justo y pacífico.

“Y es que la religión es enemiga de la exclusión y de la discriminación, del odio y de la rivalidad, de la violencia y del conflicto. La religión no es, ni debe ser, pretexto para la violencia, especialmente cuando la identidad religiosa coincide con la identidad cultural y étnica. ¡La religión y la paz caminan juntas! La fe y la práctica religiosa no pueden separarse de la defensa de la imagen de Dios en todo ser humano.

“La Iglesia católica desea fomentar un diálogo interreligioso sincero y fructífero con los miembros de la fe judía y con los seguidores del islam. Semejante diálogo no constituye un intento de imponer nuestros criterios a los demás. Al contrario, a todos nos exige que, permaneciendo fieles a nuestra creencia, nos escuchemos con respeto unos a otros, tratemos de discernir todo lo bueno y santo que existe en la doctrina de los demás, y cooperemos en el apoyo a todo aquello que favorezca el entendimiento mutuo y la paz.”

- **Los atentados terroristas del 11-S y las posteriores respuestas bélicas supuestamente antiterroristas ocasionaron una profunda conmoción por sus apelaciones religiosas.** Juan Pablo II tomó dos iniciativas: invitó simbólicamente a los cristianos a unirse al final del Ramadán musulmán, guardando el 14 de diciembre como día de ayuno; y representantes de todas las religiones fueron convocados en Asís, el **24 de enero de 2002**, para un nuevo encuentro de oración y diálogo por la paz. Juan Pablo II dijo en su discurso:

"[Así lo reconocieron los participantes en la Asamblea interreligiosa que se celebró en el Vaticano en octubre de 1999, al afirmar que] las tradiciones religiosas poseen los recursos necesarios para superar las fragmentaciones y fomentar la amistad recíproca y el respeto entre los pueblos. En aquella ocasión, también se reconoció que conflictos trágicos se derivan con frecuencia de la injusta asociación de la religión con intereses nacionalistas, políticos, económicos o de otro tipo. Una vez más, nosotros, aquí reunidos, afirmamos que quien utiliza la religión para fomentar la violencia contradice la inspiración más auténtica y honda de la misma.

Es menester, pues, que las personas y las comunidades religiosas manifiesten el más neto y radical rechazo de la violencia, de toda violencia, partiendo de la que pretende disfrazarse de religiosidad llegando incluso a invocar el nombre sacrosanto de Dios para ofender al hombre. No hay finalidad religiosa capaz de justificar la práctica de la violencia del hombre contra el hombre" (Ecclesia, 2 de febrero 2002, 20-31).

En su mensaje del 1 de enero del 2002 se refirió directamente al terrorismo religioso:

"Ningún responsable de las religiones puede ser indulgente con el terrorismo y, menos aún, predicarlo. Es una profanación de la religión proclamarse terroristas en nombre de Dios, hacer en su nombre violencia al hombre...En particular estoy muy convencido de que los líderes religiosos judíos, cristianos y musulmanes, deben tomar la iniciativa, mediante la condena pública del terrorismo, negando a cuantos participan en él cualquier forma de legitimación religiosa o moral".

- Pero sobre todo, cuando se presentía el posible ataque de EE.UU. a Irak, Juan Pablo II, en un **histórico discurso del 13 de enero de 2003 al Cuerpo Diplomático**, cuyas líneas maestras serían seguidas por los Episcopados de todo el mundo, decía:

"No a la guerra"! Ésta nunca es una simple fatalidad. Es siempre una derrota de la humanidad. El derecho internacional, el diálogo leal, la solidaridad entre los Estados, el ejercicio tan noble de la diplomacia, son los medios dignos del hombre y las naciones para solucionar las contiendas. Digo esto pensando en los tan numerosos conflictos que todavía aprisionan a nuestros hermanos, los hombres (...) Y, ¿qué decir de la amenaza de una guerra que podría recaer sobre las poblaciones de Iraq, tierra de profetas, poblaciones ya extenuadas por

más de doce años de embargo? **La guerra nunca es un medio como cualquier otro, al que se puede recurrir para solventar disputas entre naciones.** Como recuerda la Carta de la Organización de las Naciones Unidas y el derecho internacional, no puede adoptarse, aunque se trate de asegurar el bien común, si no es en casos extremos y bajo condiciones muy estrictas, sin descuidar las consecuencias para la población civil, durante y después de las operaciones (...) Es posible cambiar el curso de los acontecimientos si prevalece la buena voluntad, la confianza en el otro, la puesta en práctica de los compromisos adquiridos y la cooperación entre miembros responsables"(Ecclesia, 25 enero 2003, pp.18-20). La intuición de la inutilidad de la guerra se confirmaba en el discurso al Cuerpo Diplomático un año más tarde: "Hoy más que nunca hemos de aprender las lecciones del pasado lejano y reciente. Y una cosa es cierta en todos los casos, **la guerra no resuelve los conflictos entre los pueblos**"(Ecclesia 24.1.2004, p.114).

- La inquietud de que guerras en la encrucijada del occidente cristiano y del oriente musulmán y judío degeneren en enfrentamientos religiosos se resume en su mensaje de Pascua, 20 abril 2003:

"Que Dios nos conceda ser liberados del peligro de un **dramático choque entre culturas y religiones**" (El País, 21 abril 2003).

- **Benedicto XVI** ya ha recogido esta preocupación tanto con ocasión de su viaje a Colonia, en una reunión el 28 de agosto de 2005 con representantes de comunidades musulmanas (Ecclesia, n.3.272-73, 27 agosto y 3 septiembre 2005, pp.1328-9):

"Cuántas páginas de historia dedicadas a las batallas y guerras emprendidas invocando, de una parte y de otra, el nombre de Dios, como si combatir al enemigo y matar al adversario pudiera agradarle. El recuerdo de estos tristes acontecimientos debería llenarnos de vergüenza, sabiendo bien **cuántas atrocidades se han cometido en nombre de la religión**",

como en su discurso al Cuerpo Diplomático de 9 de enero 2006 (Ecclesia, n.3.293, 21 enero 2006, pp.76-79):

"Ninguna circunstancia puede justificar esta actividad criminal [el terrorismo], que llena de infamia a quien la realiza y que **es mucho más deplorable cuando se apoya en una religión**, rebajando así la pura verdad de Dios a la medida de la propia ceguera y perversión moral" (...) "La paz...no es sólo el silencio de las armas...No se puede hablar de paz allí donde el hombre no tiene ni siquiera lo indispensable para vivir con dignidad. Pienso ahora en las multitudes inmensas de poblaciones que padecen hambre. Aunque no estén en guerra, la suya no se puede llamar paz"

Esta última etapa en la que estamos, que parece vincular paradójica y explícitamente religión y violencia, obliga también a los cristianos a preguntarse cuáles son los mecanismos por los que se puede llegar a una degeneración violenta de lo religioso, para a) desactivar cualquier violencia de origen supuestamente religioso y b) movilizar la energía pacificadora de las tradiciones religiosas. Serán las dos próximas partes de mi exposición.

3. MECANISMOS EN LA DEGENERACIÓN VIOLENTA DEL HECHO RELIGIOSO

3.1. Patología "teológica"

Para algunos autores, el fanatismo históricamente vinculado a la religión no sería accidental, sino más bien fatalmente inherente al mismo hecho religioso, centrado en el Absoluto y con tendencia a teñir del mismo carácter absoluto los elementos en que cristaliza. El deslizamiento de lo religioso hacia la violencia tendría como patología teológica la *identificación del Absoluto*, al que todas las religiones refieren, con alguna de las mediaciones en que se encarnan, sean creencias, libros, prácticas, normas o instituciones. La experiencia confirma que muchos conflictos interreligiosos, guerras de religión y fundamentalismos, se han originado al otorgar carácter absoluto a las mediaciones que configuran una religión. No falta quienes se pregunten si no facilitarían la convivencia el agnosticismo, la indiferencia o

al menos unas convicciones religiosas más débiles. Una viñeta de Romeu en *El País* representaba el siguiente diálogo: “¿Y tú en nombre de qué Dios matas?” “Yo no mato. Soy ateo, gracias a Dios”.

Sin embargo pienso que *sólo desde la entraña del mismo hecho religioso se puede encontrar una terapia radical*. La tolerancia profunda no surge de la mera condescendencia o de una adhesión religiosa más débil, sino que acompaña al acto creyente verdadero consciente de su desbordamiento. Los creyentes confiesan y se refieren a Dios con la conciencia de que es un *Misterio insondable*. La índole absoluta de este misterio descalifica toda pretensión de poseerlo en cualesquiera mediaciones humanas que por su propia naturaleza son limitadas. La persona religiosa percibe en su hondura que ha de distinguir entre el Absoluto al que se confía, y las palabras, conceptos, dogmas, ritos, instituciones, en que se expresa. Cuando el creyente de cualquier tradición confiesa a Dios, piensa reflejar una verdad, pero no puede pretender que su expresión sea adecuada con aquel Misterio al que se confía. “Si lo has comprendido, no es Dios”, avisaban sabiamente S. Agustín y luego Sto. Tomás.

La experiencia muestra paradójicamente que una actitud religiosa sociológica y superficial, necesitada de seguridades tangibles y simples, enfervorizada masivamente, es más proclive al fanatismo que una auténtica experiencia de fe.

3.2. Patología “antropológico/cosmológica”

Existe una *pretensión sacral* en gran parte de la violencia que daña o mata a seres humanos, aunque no se ejerza específicamente en nombre de la religión. El mecanismo patológico antropológico y/o cosmológico sacralizador implícito consiste en que es ejercida *contra el Mal* (que no merece existir, es in-humano) o es realizada *por el Bien* (salvador, sobre-humano, conciencia de lo que conviene a los demás). Las causas que conducen a este convencimiento *maniqueo* residen en simples o prolongadas experiencias personales o colectivas de im-potencia/des-amor (como principio de frustración), o de omnipotencia/amor-protagonista (como principio de salvación). Parte de los argumentos a favor de ejecuciones legales o extralegales de muerte o de la licitud de la guerra nuclear se sustentan en este esquema dualista, por el que el Mal no merece existir y el Bien ha recibido la responsabilidad de eliminarlo.

En la crisis internacional surgida el 11 de septiembre 2001, ambas partes coincidieron en la apelación a Dios dentro del mismo paradigma: una lucha del Bien contra el Mal o del Eje del Bien contra el Eje del Mal. La discrepancia entre ellas solo estribaba en la identificación de ambos.

El actual *terrorismo religioso* no pretende un (inalcanzable) fin estratégico, sino probablemente hacer una “declaración simbólica pública” que va más allá de sus objetivos inmediatos. ¿A qué refieren esas acciones terribles más allá de ellas mismas? A una “*guerra cósmica*” o *confrontación entre el Bien y el Mal*. Lo que hace especialmente despiadada la violencia o terrorismo religioso es que sus perpetradores ponen tales imágenes de la lucha divina -guerra cósmica- al servicio de batallas políticas limitadas. Existe el convencimiento de que hay una Gran Guerra en marcha más allá de las pequeñas acciones planeadas. Es una oposición dicotómica en la que no hay términos medios, no es posible el acuerdo ni la coexistencia. La guerra cósmica convierte el fracaso de las acciones en victoria y a sus ejecutores en *mártires*. Se afronta con esperanza no con miedo. Evidentemente *sataniza* a los adversarios.

El esquema de fondo es pura desmesura, pero tiene una enorme fuerza por su simplicidad. Las mismas tradiciones religiosas poseen recursos frente a una sacralización de la violencia de raíz maniquea. Dentro de lo humano todo es finito y limitado, no existen el Mal ni el Bien como absolutos. Nadie por tanto puede arrogarse ser el Bien sin mezcla de mal, ni eliminar a otros como el Mal sin mezcla de bien. En nuestra tradición cristiana, Pablo afirma que todos los humanos somos al mismo tiempo pecadores y justos (Romanos) y la muerte en cruz de Jesús ha puesto fin al mito del sacrificio del chivo expiatorio.

3.3. Patología “política y sociocultural”

Pero el modelo más frecuente de patología violenta de la experiencia religiosa es la apelación a la religión y su manipulación desde fuera de su ámbito específico. *Este hecho se ve favorecido cuando se establece una vinculación primaria de la religión con realidades sociales o políticas particulares como la nación, la cultura, la etnia y otras.* Tal identificación acrítica tiene efectos devastadores, porque permite apelar interesadamente a la religión en situaciones de conflicto con un origen distinto.

Hay factores que facilitan la cobertura religiosa de conflictos con otro origen. Primero, el hecho religioso está *fuertemente enraizado* en la vida de las personas y de los pueblos, constituyendo (contra lo que pensó la Ilustración) un fenómeno de relevancia pública, cultural, social, política, nacional y hasta étnica. Segundo, la religión libera *sentimientos muy intensos* porque está vinculada al *sentido* de la vida y de la muerte, y al sentimiento comunitario de *pertenencia* colectiva. Sentido y pertenencia son dos necesidades primarias. Por eso, la religión tiene una enorme fuerza tanto de motivación como de legitimación, bien conocida por quienes desean movilizar a un grupo o pueblo en torno a otros intereses.

Es una constante a lo largo de la historia la presencia de símbolos religiosos en las guerras. Pero desde los años 90 hemos entrado en una nueva fase con el recrudecimiento de los *conflictos identitarios*. Se apela a la religión en la búsqueda de supervivencia como rasgo de una *identidad* amenazada (en la frustración) y/o amenazante (en su supremacía), más acá o más allá de las fronteras del estado-nación. El rasgo fundamental es el miedo e inseguridad sobre la supervivencia. La religión constituye entonces uno de los elementos de la identidad en cuanto depositaria de valores y símbolos, configuradora de cohesión y pertenencia, fuerza capaz de galvanizar energías. Los conflictos se revisten de un halo trascendente y absoluto, perdiendo su carácter histórico y negociable. El objetivo la afirmación propia mediante la eliminación simbólica o real de “lo otro”. Su tendencia es *excluyente*, no tanto ganar cuanto humillar y exterminar. Por eso no existe proporción entre los medios empleados y los que serían necesarios para una supuesta victoria militar. La limpieza étnica y el genocidio, el hambre, las violaciones sistemáticas, los asesinatos de ancianos, mujeres y niños, y ahora especialmente el terrorismo, cobran el valor de hechos simbólicos y liberadores. La religión se ve hoy por tanto implicada en un tipo de conflictos identitarios de una enorme crueldad y ceguera.

Probablemente son las tres patologías descritas las que se mezclan hoy en diverso grado en un fundamentalismo cristiano que se identifica interesadamente con Occidente (al estilo Bush) y, por otra parte, en el auge del fanatismo islámico.

4. LA CONTRIBUCIÓN PACIFICADORA DE LAS RELIGIONES

La construcción de la paz desde la ladera religiosa incluye ante todo desactivar cualquier violencia de origen supuestamente religioso y además movilizar la propia energía pacificadora de las tradiciones religiosas (en nuestro caso, la cristiana).

4.1. Terapias frente a la “peligrosidad de la religión”

Los mecanismos de degeneración violenta de la religión, cuyos modelos he sintetizado, explican la llamativa afirmación de José María Mardones: “La religión es una realidad peligrosa. Es peligrosa por importante”. Ya en el siglo XVI el historiador P. Mariana había escrito: “Ningunas enemistades hay mayores que las que se forjan con voz y capa de religión, los hombres se hacen crueles y semejables a las bestias fieras”. Hemos de ser conscientes con modestia de esta realidad precisamente por el enorme valor que posee el hecho religioso. Las terapias para desactivar cualquier violencia que apele a una justificación religiosa deberían buscarse desde tres niveles:

- **Desde el mismo hecho religioso**, purificando a la experiencia creyente de la búsqueda de seguridades masivas y a las mediaciones religiosas de cualquier pretensión de absoluto sólo propia de Dios.

- **Desde cada tradición religiosa**, discerniendo con lucidez el núcleo de su mensaje fundacional, en nuestro caso el cristianismo, del impacto sociocultural de la historicidad en sus instituciones. Éste es un trabajo que para que sea eficaz corresponde a cada tradición religiosa desde su interior, y sólo con modestia y prudencia puede recibir ayuda desde fuera si se ha creado el clima para el diálogo.
- **Desde el diálogo interreligioso**, del que es conocida la afirmación de Hans Küng: “No hay paz mundial sin paz religiosa. No hay paz religiosa sin diálogo entre las religiones”. Si es imposible concebir la convivencia en el futuro de un mundo plural e interdependiente sin respeto y diálogo entre los diferentes, el diálogo interreligioso cobra carácter de ejemplaridad al incidir en un ámbito tan sensible como el religioso. ¿Cómo sería posible animar a los ciudadanos y a los pueblos a vivir en comprensión y diálogo si los creyentes fueran incapaces de intentarlo?
Pero además, los problemas que hoy enfrenta la humanidad son de tal envergadura que es irresponsable hurtarles toda la enorme fuerza movilizadora y la energía pacificadora de la religión. También sobre el diálogo interreligioso es oportuna aquella afirmación de los ideólogos marxistas que impulsaron el encuentro con los cristianos en Salzburgo en torno a los años 60: “*No podremos ponernos de acuerdo sobre lo que sucede en el cielo, pero al menos pongámonos de acuerdo para que la tierra deje de ser un infierno*”.

4.2. Aportaciones pacificadoras de las religiones

Imaginemos algunas convergencias y aportaciones valiosas para la sociedad actual comunes a las tradiciones religiosas y objeto de diálogo:

- **La afirmación de la trascendencia y de los valores espirituales.** Las religiones monoteístas coinciden en dar testimonio de un solo Dios. Lo contrario de la fe no es el ateísmo sino la idolatría. Nuestro mundo está lleno de dioses, sean el mercado, el poder, la etnia u otros, sobre cuyo altar se inmolan cotidianamente vidas y esperanzas. Se trata de movilizar la función liberadora de la experiencia religiosa frente a cualesquiera otros dioses opresores.
- **La mirada al mundo desde abajo.** El reconocimiento de la dignidad de toda persona, la llamada a la fraternidad y la com-pasión hacen a las religiones en su conjunto especialmente sensibles a escuchar el clamor de las víctimas entre los cantos de triunfo de la globalización y sus ganadores. Están capacitadas por tanto para enfrentar a la habitual mirada desde el poder la opción de contemplar el mundo desde abajo, desde la visibilidad de los excluidos. La realidad es diferente a la que nos anuncian.
- **La sensibilidad hacia la Tierra.** No sólo las religiones ctónicas que miran a la Tierra como Madre sino también las religiones proféticas preservan como tradición la comunión con la naturaleza como creación de Dios y hogar de la humanidad, y por tanto constituyen una reserva de sensibilidad ecológica que debe ser movilizada en solidaridad con esta y otras generaciones.
- **Los procesos de reconciliación.** Además de las convergencias en los *contenidos*, muchos expertos piensan que las personas y tradiciones religiosas pueden hacer una aportación peculiar en la *transformación de los conflictos*. El sociólogo y miembro de la Iglesia Menonita, John Paul Lederach, insiste en el cambio del paradigma conceptual que se ha operado en los conflictos contemporáneos después de la “guerra fría”, con el paso del interés por la *resolución de materias conflictivas* (objeto tradicional de la diplomacia de estado) a un marco de referencia centrado en la *restauración y reconstrucción de las relaciones* (personales y grupales). Los conflictos actuales ya no se dan normalmente entre estados sino en el seno de sociedades divididas y enfrentadas más acá o más allá de las fronteras convencionales en torno a grupos de identidad. La cercanía en los enfrentamientos es mayor que en los conflictos tradicionales, el sufrimiento personal más agudo, y cobran especial relieve los componentes emocionales por encima de las materias estrictas origen del conflicto. Douglas Johnston insiste en la sabiduría que poseen personas y tradiciones religiosas para ayudar a

que los procesos de pacificación no se queden en insuficientes treguas sino que signifiquen el inicio de un camino de reconciliación. La intervención de la tradición cristiana en casos como el de la Verdad y Reconciliación de Sudáfrica o de Centroamérica es un ejemplo de ello, así como el papel jugado por la Comunidad de San Egidio en la mediación de conflictos en los países más pobres.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- ALEMANY, J.M., "El rostro religioso de los conflictos armados", en Aguirre, M. y González, M. (coord), *De Nueva York a Kabul*. Anuario CIP 2002, Barcelona 2002, 111-126.
- ALONSO BAQUER, M., *¿Dónde está la morada de la paz?*, Madrid 2004.
- BERNDT, H., *Gewaltfreiheit in den Weltreligionen: Vision und Wirklichkeit*, Gütersloh 1998.
- CAMACHO, Ildelfonso, "La doctrina moral sobre la guerra. Su aplicación al caso de la intervención en Irak", en: *Revista de Fomento Social* 58 (2003) pp. 151-179.
- CARO, I. y FEDIAKOVA, E., "Los fundamentalismos religiosos como nuevos actores del escenario internacional", en *Revista Diplomacia*, Escuela Diplomática Chile, abril-junio 1998, 45-53.
- CENTRO DE STUDIOS ESTRATÉGICOS E INTERNACIONALES (Washington), *La religión, factor olvidado en la solución de conflictos*, Madrid 2000.
- CENTRO UNESCO, *The contribution by religions to the culture of peace*, Barcelona I: 1994; II: 1995.
- Concilium* n.262 "Religión y nacionalismo" (monográfico), diciembre 1995.
- Concilium* n.272 "La religión ¿fuente de violencia?" (monográfico), septiembre 1997.
- CRÉPON, P., *Les religions et la guerre*, Paris 1991.
- EHRENREICH, B., *Le sacre de la guerre*, Calman-Lévy, Paris 1999.
- ESTRADA, J.A., "Del politeísmo al monoteísmo: los riesgos de los fundamentalismos", en SIP, *La paz es una cultura*, Zaragoza 2001, 273-299.
- GIRARD, R., *La violence et le sacré*, Paris 1972.
- GARAUDY, R., *Vers une guerre de religion?*, Paris 1995.
- GÓMEZ CAFFARENA, J., "Religión y tolerancia", en *Cultura de la tolerancia*, Zaragoza SIP 1996.
- GONZÁLEZ CARVAJAL, L., *En defensa de los humillados y ofendidos. Los derechos humanos ante la fe cristiana*. ST, Santander 2005, 11. El derecho humano a la paz, 327-350.
- JUERGENSMEYER, M., *Terrorismo religioso. El auge global de la violencia religiosa*, Madrid 2001.
- KÄSSMANN, M., *Overcoming Violence. The Challenge to the Churches in All Places*, Ginebra 1998.
- KEHRER, G., "Konflikt", en H. CANCIK, B. GLADIGOW, K.-H. KOHL (eds.) *Handbuch religionswissenschaftlicher Grundbegriffe*, Kohlhammer, Stuttgart, 4 vols, 1988-1998, vol III, 421-428.
- KHADER, B., "La religión como factor geopolítico en el espacio mediterráneo", en *Annales* n.14 Barbastro 2001, 107-134.
- KÜNG, H., *Hacia una ética mundial. Declar. del parlamento de las religiones del mundo*, Madrid 1994.
- LAGE, F., "Las Religiones del Libro, ¿escuela de violencia", en: *Moralia* 25 (2002) 5-26.
- LIMA, N., "O Contributo das religiões para uma cultura da paz", en: *Igreja e Missão* 52 (1999) n.182, 283-342.
- LÓPEZ PÉREZ, E., *Incarnate Forgiveness. Gift and task of field diplomats from a christian perspective*. Katholieke Universiteit Leuven, 1999.
- MARDONES, J.M. (Dir.), *10 palabras clave sobre fundamentalismos*, Estella 1999.
- MAÏLA, J., "Identité, violence et rôle du religieux dans les conflits contemporains", en *Revue Institute Catholique Paris* 64 (1997) 55-72.
- MARTÍN VELASCO, J., "Religión y conflicto. Religión y paz", en: Quinzá, J. y Alemany, J.J. (Ed.), *Ciudad de los hombres, Ciudad de Dios*. Madrid 1999, 161-180.
- MARTÍN VELASCO, J., "Las religiones ¿factor de violencia o de paz? Una perspectiva cristiana", en: Seminario de Investigación para la Paz, *La paz es una cultura*, Zaragoza 2001, 339-354.
- PARTNER, P., *El Dios de las batallas. La guerra santa desde la Biblia hasta nuestros días*, Madrid 2002.

- PIKAZA, X., *El Señor de los ejércitos. Historia y teología de la guerra*, Madrid 1997.
- PIKAZA, X., *El cristianismo y la construcción de la paz*, Bilbao Universidad de Deusto 2003.
- PIKAZA, X., *Violencia y diálogo de religiones. Un proyecto de paz*, Santander 2004.
- SCHMIDT, H., *Frieden*, Stuttgart 1969.
- SEBASTIÁN, F. y GONZALEZ DE CARDEDAL, O. (Ed.), *La fe en Dios, factor de paz o de violencia*, Madrid 2003.
- SEUL, J., “ ‘Ours is the Way of God’: Religion, Identity, and Intergroup Conflict”, en *Journal of Peace Research*, 36 (1999) 553-569.
- TAIZÉ, Carta de, *Las religiones y el evangelio*, 2005/3.
- TAMAYO, J.J. (dir.), *10 palabras clave sobre paz y violencia en las religiones*, Estella 2004.
- TSCHUY, T., *Ethnic Conflict and Religion. Challenge to the Churches*, Ginebra 1997.